

# CAPÍTULO 1

## La aventura comienza



Todos los estudiantes de la escuela secundaria Northgate de Los Angeles esperan el fin de año de muy buen humor. En todas las salas de clases se oyen bromas, risas y conversaciones animadas sobre lo que todos piensan hacer durante las vacaciones de verano.

En la clase de español, la maestra también bromea y a la vez da consejos muy buenos:

—El día de su graduación está cerca, y yo sé que todos están muy tristes, ¿verdad? Pero no vamos a olvidar nuestro español durante el verano. Por eso hay que hablar, practicar y leer en español, para no olvidarlo. A dos estudiantes de esta clase les va a ser muy fácil porque van a pasar el verano en México: ¡Jamie González y Philip Armstrong! ¡Buen viaje, Jamie y Philip, que tengan muy buen viaje! *All together!*

—¡BUEN VIAJE!

Jamie y Philip sonrían. Al oír su nombre, Philip, un muchacho alto y atlético de dieciocho años, se para. Con cortesía exagerada, inclina la cabeza hacia los otros estudiantes que aplauden y chillan.

Al igual que Philip, Jamie se pone de pie y saluda a sus compañeros cuando la maestra anuncia su viaje. En sus ojos negros hay cierta dulzura. Su cabello, igualmente negro, es grueso y rizado. Como es una muchacha delgada y no muy alta, Jamie, aunque también tiene dieciocho años, parece más joven. Con una sonrisa cariñosa, mira a sus compañeros y murmura "gracias" por sus aplausos y felicitaciones.

Pero en la mirada de Jamie hay algo más que la simple anticipación de un viaje a un lugar diferente y con tanta historia como México. Es algo serio, complicado, secreto: una sombra.

—¡Se acabó la clase! —dice la maestra—. ¡Feliz verano! Y todos los alumnos, incluso Jamie, salen riendo de la sala de clases.



Esa noche, Jamie se ocupa de hacer sus últimas cosas, empacar sus cosas y dejar todo listo para su viaje al día siguiente. Por supuesto habla por teléfono con su mejor amiga, Rosie, quien le pide que le escriba desde México y que le cuente todo. Ya muy tarde, antes de

acostarse, la muchacha se detiene frente a una foto antigua que está sobre el escritorio en su dormitorio. Después de unos momentos, saca su diario de su maleta y escribe.

*Querido Diario:*

*Ya faltan sólo unas horas para mi viaje a México. ¡No puedo creerlo! ¡Mañana mismo, a estas horas, estaré en Querétaro, la ciudad donde la familia de mi padre tiene sus raíces! ¿Cómo será esa ciudad? Mi papá me ha contando que durante la Revolución su familia fue muy importante allí.*

*Pero es curioso. Ya no hay nadie de la familia de mi padre en Querétaro. Algo pasó y, después de la Revolución, toda su familia salió de allí.*

*¿Pero, qué habrá ocurrido? ¿Cómo habrán perdido su fortuna? Sé que tuvo algo que ver con la abuela de mi padre, mi bisabuela. ¿Pero qué? Miro y miro su foto para ver si me ayuda a entender todo esto. Pero la señora bonita y elegante en la foto, doña Josefa de González, "La Catrina," como dice mi papá que le decían, sólo me mira de vuelta. Sus ojos negros, los ojos de mi papá, los míos, no me dicen nada.*

*¿Qué pensaría de mí esta señora? Soy su bisnieta americana, de padre mexicano y madre puertorriqueña. ¿Estaría orgullosa de mí y de mis estudios de español? ¡Ojalá que sí! ¿Cómo me gustaría saber más de ella!*

*Bueno, pero ahora debo descansar. Buenas noches, querido Diario. A ver qué te cuento mañana.*

Jamie mira una vez más la foto. Luego la empaca con su diario entre la ropa en su maleta.



El vuelo de Jamie y Philip es directo de Los Angeles a la Ciudad de México. Al llegar al Aeropuerto Internacional Benito Juárez de la Ciudad de México, los dos jóvenes buscan entre la multitud al representante del Comité de Intercambio Cultural. Debe estar allí para recibirlos.

Después de unos minutos, Jamie y Philip ven a un hombre bajo y algo grueso que, con mucha dificultad entre tanta gente, está tratando de mantener en alto un cartel con las palabras "Comité de Intercambio." Al ver a Philip, el hombre sonríe con alivio y lo saluda con la mano. Está seguro de que ese muchacho, tan alto y rubio, es uno de los estudiantes estadounidenses que busca.

Pero al ver a Jamie, el hombre se muestra confuso.

—Buenos días, joven —le dice a Philip—. Supongo que usted es uno de los estudiantes que van a Querétaro.

—Sí, así es —contesta Philip—. Soy Philip . . . Felipe Armstrong, de Los Angeles. Y ésta es Jamie González.

—No entiendo —contesta el señor, sorprendido—. Me dijeron que eran dos muchachos. Es para el programa de intercambio, ¿no? ¿Eres Jaime, Jaime González?

—Yo soy JAMIE, señor —contesta Jamie—. "Jaime," no. Pero somos del programa, sí.

El hombre sonríe.

—Pues, bienvenida a México, Jamie. Y tú también, Felipe. Fue un error nuestro, supongo que a causa del nombre. Yo soy Jorge Moreno, para servirles. Pero en fin, ya están aquí. ¡Bienvenidos a México! Y ahora siganme, por favor. Tenemos que darnos prisa para llegar a tiempo a la estación del tren.

Manejando su coche como un experto por las calles congestionadas de la capital mexicana, el Sr. Moreno lleva a Jamie y a Felipe a la estación del tren. Parece como si todos los coches de la ciudad le cortaran el paso al pobre Sr. Moreno. De milagro llegan a tiempo para la salida del tren con destino a Querétaro.

El señor Moreno les ayuda a Jamie y Felipe a encontrar sus asientos. Luego, meneando la cabeza, dice:

—Qué negocio, ¿eh? Pero así es la vida aquí, en el D.F. Ahora, muchachos, cuidado con el equipaje, que no se les pierda ninguna maleta. Les va a gustar mucho Querétaro; es lindo, y más tranquilo que aquí.

Y por último, cuando el tren ya sale, el Sr. Moreno les grita a Jamie y Felipe desde la plataforma:

—Y sobre todo no olviden la regla: ¡hablar sólo español!



En el tren los dos muchachos se quedan dormidos casi en seguida. Despiertan después de un rato cuando oyen al revisor.

—Billetes, por favor, billetes . . .

Desde la ventanilla se ve un paisaje árido y de una belleza sencilla y severa. Jamie lo mira, maravillada. Piensa en lo que ha leído de la historia de la región: por estas mismas tierras desiertas pasaron los grandes héroes de la independencia mexicana: el Padre Miguel Hidalgo, Ignacio Allende. Aquí, también, el desafortunado Emperador Maximiliano de Austria fue fusilado en 1867, abandonado por el gobierno francés que lo había instalado en México. De pronto, una pregunta de Felipe regresa a Jamie al presente:

—*Why did you pick Querétaro?*

—Porque allí mi familia tiene raíces —contesta Jamie, cambiando al español sin comentarlo. La maestra de español, la señora Corona, siempre usaba esa técnica con los estudiantes que insistían en hablar inglés en la sala de clases.

—¿Raíces? ¿Qué son "raíces"? —esta vez Felipe lo dice en español.

—Pues como un árbol que tiene en la tierra sus . . . raíces. ¿Entiendes?

—*Yeab, yeab, I get it.*

Los dos se ríen. Jamie ha imitado perfectamente la manera en que la maestra explica palabras sin usar el inglés. Y los dos lo entienden mutuamente, como un

acuerdo de amistad.

Al llegar a la estación de Querétaro, se produce la misma confusión con el nombre de Jamie. Su familia mexicana, los señores Navarro y su hijo Carlos, buscan a "Jamie" entre los pasajeros que se bajan del tren. Jamie se acerca al Sr. Navarro, quien lleva un cartel que dice "Jaime González," y se presenta.

—¡Pero "Jaime" es nombre de muchacho! —insiste la Sra. Navarro.

—Pues sí señora, pero mi nombre es JAMIE —y lo dice otra vez más lentamente—. Y soy muchacha.

—Sí, claro —dice el joven—. Yo soy Carlos Navarro. Encantado.

—Sí, nuestro hijo —dice el padre.

Felipe se acerca para despedirse de Jamie, quien le presenta a los Navarro.

—No te olvides de llamarme —le recuerda Felipe.

Carlos había venido con poco entusiasmo a recoger "al estadounidense." No tenía mucho interés en Jamie, el estudiante con quien tendría que compartir su dormitorio. ¡Pero *Jamie*, esta estudiante guapa, la verdad es que era una sorpresa muy agradable!

—¿Son novios estos dos?" piensa Carlos, mirando con mucho interés a Felipe y a Jamie.

También mirando con mucho interés, perdido entre la gente que se saluda en la plataforma, hay un hombre de traje oscuro. Sin quitarles la vista a los Navarro y a Jamie, toma el teléfono en la cabina de la estación. Habla en voz

baja, con urgencia:

—¿Demetrio? Habla Santana. Los muchachos ya están aquí. ¿Cómo? Sí, ella también está aquí. Sí, claro.

El hombre cuelga el teléfono y escribe algo en una pequeña libreta. No deja de mirar a los Navarro y a Jamie hasta que éstos salen para la casa de los Navarro en el coche de la familia.



## CAPÍTULO 2

### En casa de los Navarro



Querido Diario:

Ya estoy aquí, en México. ¡Increíble! ¡Cuántas veces he soñado con hacer este viaje! ¡Por fin se realiza mi sueño!

Sólo hay una cosa que nunca me imaginé. ¿Puedes creer que todos aquí pensaban que yo era muchacho, "Jaime"?

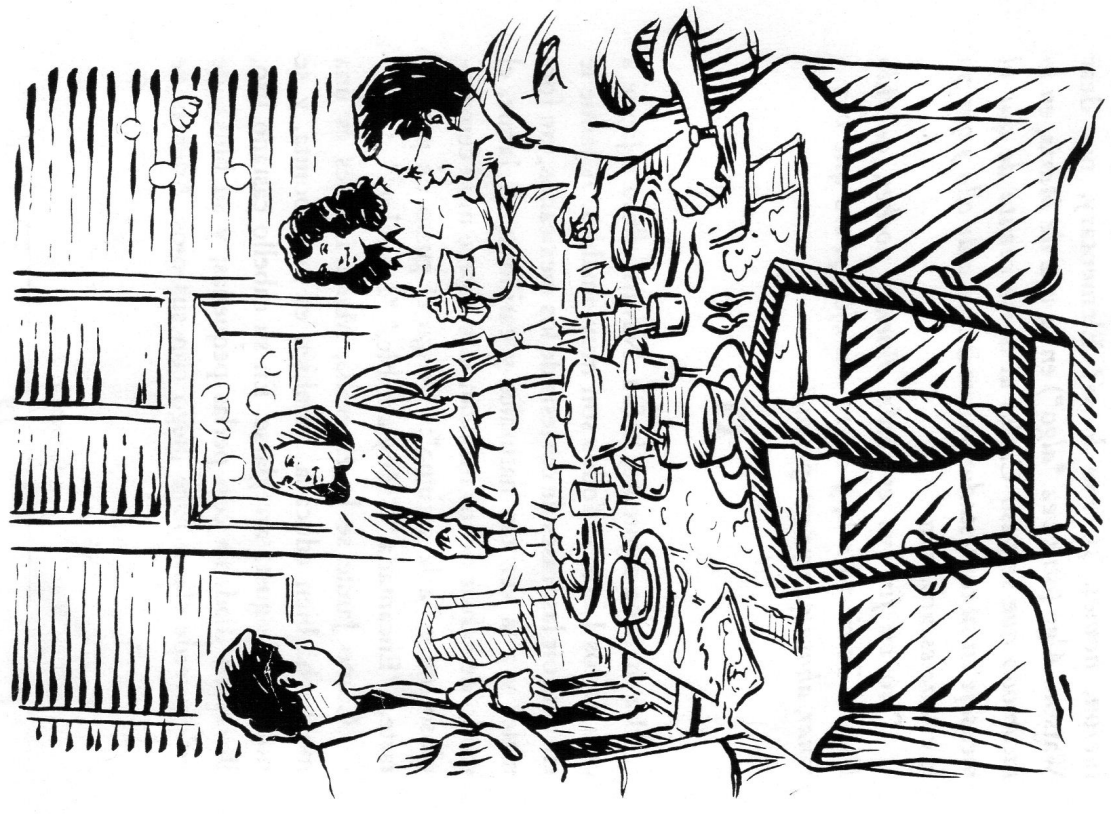
Pero ya las cosas empiezan a calmarse. Al llegar a casa de la estación, la Sra. Navarro, que casi tuvo un ataque de corazón al ver que yo era muchacha, llamó en seguida por teléfono a su amiga, la Sra. Linares. Mientras que yo hablaba con Carlos, el hijo (¡bastante guapo: alto, moreno y con unos ojos negros que no te puedes imaginar!) de los Navarro, oí a la Sra. Navarro que le decía a su amiga: "No, no, aquí no puede quedarse. ¿Te imaginas el escándalo?"

Evidentemente, la Sra. Linares se pudo imaginar muy bien el escándalo, y como amiga íntima y leal de la Sra. Navarro, me ha ofrecido su casa. Sucede que los Linares tienen una hija justamente de mi edad, María. Esta noche dormiré aquí, en casa de los Navarro, mientras que los Linares preparan el cuarto de María para que yo lo comparto con ella. Ofrecí dormir en el sofá, pero Carlos, que es todo un caballero, no aceptó. Así que es él quien va a dormir en el sofá, mientras que yo dormiré en su cuarto, que es donde estoy ahora mismo, escribiéndote.

¡Si es que llego a dormirme después de un día tan emocionante! Primero, por la mañana, llegar a la capital, tan antigua y moderna, elegante y descuidada y . . . ¡ay, un sinfín de contrastes! Luego, salir rápido, rápido a Querétaro. Y también, todo este asunto del nombre, que me sigue por todos lados: "¿que no eres Jaime?" "No, mi nombre es JAMIE, Jamie González."

Sí, soy Jamie González. Pero a pesar de estar aquí sólo unas horas, ya siento que no soy la misma de hoy en la mañana, cuando salí de Los Ángeles. No, no soy la misma Jamie González. No sé qué me pasa. Miro la foto de mi bisabuela, doña Josefa de González, que he puesto enfrente de mí para escribirte, y siento algo especial, diferente de antes. Hasta ese rostro familiar me parece cambiado, vivo. Es como si ahora que estoy en su país, en su ciudad, La Catrina me quisiera decir algo.

¡Ah! y hablando de "algo," ¿qué hay entre Carlos Navarro y María Linares? Algo, algo. . . . Por lo que oí de



la conversación entre la Sra. Navarro y la Sra. Linares, me parece que hay mucho cariño entre las familias, y que se conocen desde hace ya bastante tiempo. Y por lo que oí en un mensaje que María había dejado en el contestador automático de Carlos, me parece que estos dos son, o fueron, novios. ¿Cómo lo sé? Elementary, my dear Watson. Algo (otra vez "algo") en la voz de María, en lo incómodo que se puso Carlos al darse cuenta de que el mensaje en su contestador automático era de ella y que yo lo estaba escuchando.

Pero en fin, ya es tarde. Buenas noches, querido Diario. Te cierro a ti, y cierro mis ojos. ¿Pero qué voy a soñar, ahora que ya estoy aquí?



La mañana siguiente, la Sra. Navarro lleva a Jamie a casa de los Linares. Todos son muy amables. A Jamie le encanta oír las frases de cortesía de los mexicanos, tan formales y a la vez tan naturales y cariñosas. A Jamie, el modo de hablar de los mexicanos le parece muy ceremonioso, muy "a la antigua": "Tengo el gusto de presentarte," "Encantada," "Muy amable," "Disculpe."

Como Jamie se lo esperaba, María Linares es una muchacha bien educada. También es muy bonita, y se nota que le gusta arreglarse. En su cabello castaño liso, lleva una diadema con perlas pequeñas; y su blusa, de color verde claro, hace juego con sus ojos. Además de

todo esto, también resulta ser muy simpática y graciosa. Le ayuda a Jamie a desempacar, y dentro de poco las dos están conversando a gusto, haciéndose preguntas de muchachas que empiezan a hacerse amigas.

Esa tarde, María lleva a Jamie a la escuela preparatoria donde ella estudia. En muchos aspectos la escuela es parecida a la de Jamie en Los Ángeles: los pasillos están llenos de jóvenes, todos hablando al mismo tiempo . . . , hay risas y gritos.

Jamie se fija en que los estudiantes se reúnen en grupos de amigos. De vez en cuando, se ven algunas parejas de novios. Jamie nota que María le presenta a varias amigas, pero a ningún amigo en especial. ¿Será Carlos ese amigo? Tiene que saberlo y se alegra cuando la misma María toca el tema, aunque de manera muy general.

—Mamá dice que el estudiante con el que viajaste, Felipe, te llamó. ¿Tú y él son buenos amigos?

—No, casi no nos conocemos. Hemos estado en la misma clase de español, pero nada más.

—Perdón, no quise meterme en tu vida personal.

—Vamos, María, que ya somos amigas. Hablando de eso, tú y Carlos son muy amigos, ¿no?

De pronto, María se pone seria.

—No, ahora no tanto. Amigos sí, siempre, ¿pero más? . . . no.

Aclaradas las cosas, las muchachas se ríen. Ya empiezan a sentir la confianza de verdaderas amigas.

Demetrio Alcocer, el director de la Biblioteca Central de Querétaro, era un señor mayor, de aspecto distinguido. Había tenido el puesto de archivista e historiador de la ciudad, responsabilidad que ejercía voluntariamente, desde hacía muchos años.

La familia del Sr. Alcocer había sido importante en la historia de la región desde la independencia. Su padre fue abogado y miembro de la agencia de abogados Aguilar y Hermanos. La primera década del siglo veinte resultó próspera no para México pero sí para la agencia. El padre del Sr. Alcocer compró una hermosa casa colonial. Pero unos años después de la Revolución, ocurrió un hecho oscuro que cambió totalmente la próspera situación económica de la familia Alcocer: la agencia despidió a su padre.

Poco después nació Demetrio; sólo tenía tres años cuando murió su padre. Ya adulto, Demetrio dedicó mucho esfuerzo y tiempo para descubrir el misterio de lo que le había pasado a su padre en el trabajo.

Poco a poco, basándose en la información recibida de varios parientes, pudo establecer: 1) que entre los clientes de la agencia había una señora muy rica, doña Josefa de González, que había ayudado a los revolucionarios; 2) que esta señora murió misteriosamente durante la Revolución; 3) que el testamento de la señora (que el Sr. Alcocer ha guardado cuidadosamente todos estos años)

indica claramente que todas sus tierras y dinero debían pasar al primer miembro de su familia que se presente en Querétaro para reclamarlos; 4) que el jefe de la agencia, don Pedro Aguilar, se apoderó de todo y no buscó a ningún legítimo heredero; 5) que el padre de Demetrio se opuso a estas maniobras fraudulentas del jefe; y 6) que el jefe, don Pedro, lo despidió de la agencia amenazándolo con enviarlo a la cárcel si no mantenía la boca cerrada.

Demetrio Alcocer fue educado en los ideales de la Revolución. Toda su vida se había dedicado a su país; pero nunca pudo olvidar lo que Pedro Aguilar le hizo a su padre.

Como Demetrio era miembro del Comité de Intercambio Cultural, se enteró con bastante anticipación de que un estudiante llamado "Jamie González" pensaba pasar el verano en Querétaro. Demetrio hizo unas cuantas investigaciones y se dio cuenta de que "Jamie" en efecto era una muchacha.

Al ver por primera vez la foto de Jamie que acompañaba su solicitud para participar en el programa, Demetrio sintió una emoción extraña, una mezcla de tristeza, felicidad y maravilla. El rostro de la muchacha era casi idéntico al que él había visto tantas veces desde joven en fotos antiguas que su padre había guardado: la joven era el vivo retrato de esa señora tan importante en las vidas de su familia y de la región, doña Josefa de González, "La Catrina."

Ya seguro de que Jamie era ese miembro de la familia

González que podría reclamar la fortuna de La Catrina, Demetrio decidió emplear a un detective para seguirla. ¡No era para menos! Como heredera de La Catrina, Jamie necesitaba a alguien que la cuidara y la protegiera, sobre todo si la familia Aguilar, la más poderosa y rica de la región, averiguaba quién era en realidad.

Fue el detective Santana al que Demetrio contrató para vigilar a Jamie. Con el poco dinero que tenía, Demetrio no pudo emplear a ningún detective profesional. Encontró a Santana en el mercado, donde le llamó la atención un aviso que decía **"Detective busca trabajo."** Al hablar con Santana, Demetrio se dio cuenta de que tenía poca experiencia. Pero Santana sí era muy aficionado a las películas de detectives, y mostraba gran entusiasmo para emprender una "investigación."

Y es este mismo Santana el que entra una tarde en la



oficina de Alcocer.

—Sigo a Jamie González por todos lados. Ya no vive en casa de los Navarro. Ahora vive con los Linares, familia de María.

—Muy bien —contesta el director.

Después de compartir otros datos más de su investigación, Santana sale satisfecho de su reunión con Demetrio. Siente que sus esperanzas de ser un detective profesional están a punto de realizarse.



Al mismo tiempo que Santana sale de la biblioteca, un coche pasa lentamente enfrente de la casa de la familia Linares. Es un coche negro y grande, algo poco común en una ciudad como Querétaro. El chófer mira el número.

—Ésta es la casa, don Silvestre. La casa café. Tiene el número cuarenta.

El pasajero sentado atrás, nieto de don Pedro Aguilar, mira un momento. Luego, con un gesto impaciente de la mano, le indica al chófer que regrese al centro.